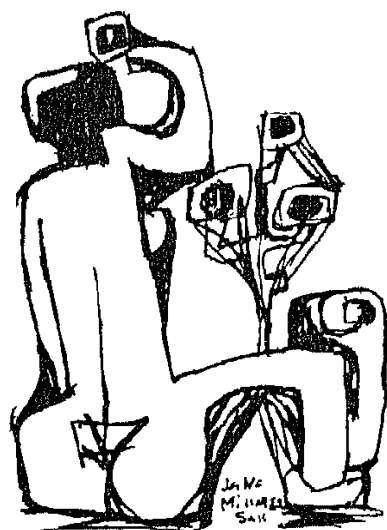


# NARRACIONES Y CUENTOS



.....  
*Se ha abierto un abanico de milagros  
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

## LA TASCA

El letrero luminoso blanco y rojo, ahora rojo. La letra be sin destacar de noche cuando está encendido. Desde la boca del callejón se puede leer «ar Domingo merendero». Por detrás está ciego el rótulo. Los que vengan del barranco sólo pueden ver el interior de la caja de madera con las dos bombillas, una cubierta de celofán rojo; la otra, también de pequeño voltaje, es la que consigue los efectos blancos.

Los chiquillos del barrio rompieron una de las caras del letrero a pedradas. Y ahora las letras sobre el cristal esmerilado las tienen que leer, los que sepan, al revés, como los titulares de los periódicos antes de que las rotativas traduzcan el lenguaje de los cajistas.

—Aquí tienen buen vino.

—Cuando Domingo no lo mestura con el peninsular.

—Ayer fue San Andrés. Habrá vino nuevo.

—Es aguapié, no ha fermentado entodavía.

«ar Domingo merendero». La be sigue sin encender, ahora rojo. La puerta desdobla su rectángulo sobre el empedrado del callejón, hasta que los hombres fueron atravesándola, uno a uno, hasta tres. Tres cuadros se dibujaron en los adoquines; tres motivos de siluetas negras fugaces, una cabeza chica, otra grande y la última que quedó inmóvil como una foto-fija. Dijo: «Aquí estamos, Domingo. A ver si nos pones el vino nuevo».

Cuando traspasaron la puerta, el callejón quedó desierto. El letrero, ahora blanco, «ar Domingo merendero». Y sobre los adoquines, el único rectángulo luminoso de la calle, como la pantalla de los cines después de la palabra FIN.

Se sentaron. La mesa amarillenta por la acción de la lejía, una pata coja. El reservado era pequeño, cuatro paredes blancas recién enjalbegadas, una puerta, partida en cuatro por una cruz invertida. Y sobre sus cabezas, el

retrete redondo de las moscas, con cadena eléctrica y tasa de cristal. La bombilla se pendulaba como un incensario de iglesia cada vez que Domingo entraba con el vino y el condumio.

—No tiene color el vino, Domingo.

—Me lo trajeron ayer de Tacoronte. Es nuevo.

—¿NO lo has mesturado?

—No.

Los tres con los codos sobre la mesa. Tres manos, tres tenedores para pinchar los trozos de queso blanco de las Montañas. Una procesión de hormigas se enroscaba en en la pata coja de la mesa. El hombre de la boina escupió. Las piernas de los otros se cubrieron en retirada, hacia los travesaños de las sillas de tijera. Cuatro piernas dobladas en cruz, con los talones trincando la madera, como hacen los equilibristas en el circo al dar las puetas en el trapecio. El escupitajo salpicó el cemento.

—Échale trigo, tú.

El de la boina dobló el paquete de virginios en cuatro, después de meter cuidadosamente los cigarros en el bolsillo alto de la zamarra. La palabra FUENTES quedó justo debajo de la pata coja. La mesa quedó apuntalada.

—Ese no viene.

—Ese se raja, te cogió miedo en el muelle.

—Llama a Domingo y pide otro medio.

Y el de la boina pinchó el último trozo de queso. Cuando bebía colocaba sus labios hacia adentro, formando un ombligo con la boca.

—Ahí al lado estuvo antes la casa de Purita. La que tiene ahora el bar en el muelle. Lo puso con lo que ganó ahí, cuando tenía la casa de fulanas más tirada de Santa Cruz. La cosa salía a tres duros.

Comenzaron a fumar. El de la boina cogía el virginio con toda la mano. Cuatro dedos con las yemas arriba y el pulgar haciendo de pinza, la uña grande, con un filo negro de suciedad. Las moscas comenzaron a bordonear. Dejaron la bombilla cuando el humo de los cigarros fue ascendiendo hasta envolverlas como las nubes a los aviones.

—Ese no viene, tú.

—Aguanta un poco. Es temprano entodavía.

La fila de hormigas iba de regreso por la pata de la mesa. Las de cabeza, que bajaban, y las de cola que subían, dibujaron una horquilla fina y alargada en la madera, que rápidamente se quebró cuando el de la boina hizo retroceder su silla hasta la pared y dejó otra vez coja la mesa, al levantarse.

—¿Qué?

—Voy al báter.

Atravesó la puerta de chapa sin pintar. Al salir estuvo a punto de tirarle la bandeja a Domingo, que entraba en el reservado de la izquierda. Una botella de tinto y dos copas de menta sobre el latón pintado de flores rojas. Aquel reservado era igual a los demás, sólo que la puerta estaba cubierta por unas tiras plásticas de colores. La cabeza de Domingo rompió la combinación: cuatro macarrones verdes, cuatro negros, cuatro amarillos, cuatro blancos, cuatro azules. El de la boina, con la mano en la bragueta, vio dos parejas en torno a la mesa. La mujer del vestido rosa tenía las piernas cruzadas, y él pudo verle hasta la liga de las medias.

Los macarrones plásticos dejaron de moverse y sellaron la entrada: cuatro verdes, cuatro negros, cuatro amarillos, cuatro blancos, cuatro azules.

Al salir del retrete, el de la boina notó más gente en la tasca. Uno de sus amigos había dejado el reservado y estaba jugando en una máquina tragaperras. Debajo del cartel con el Fuero del trabajo, en el fulbolín del rincón, el joven de los pantalones vaqueros exclamó con voz afeeminada: «¡Otro gol, Demetriol!». El de la boina dibujó con sus comisuras un gesto de asco.

La bola de acero de la máquina pasó por el cuartel, encendió una luz roja, se trabó por un momento en el pozo, fue golpeada hacia arriba por la metralleta. Y otra vez al cuartel, quedó prisionera en la aduana, luz verde, bajó, nuevo golpe de *flippers*, seco, como un latigazo.

—¡Otro gol, Demetriol!

—Ese no viene, te cogió miedo.

—Peor pa él.

Entraron dos mujeres en la tasca y fueron a colocarse detrás de la barra. La bola de acero se coló entre los *flippers*. «Acaban de escuchar ustedes las diez de la

noche por el reloj del palacio de Telecomunicaciones de Madrid». El de la boina puso dos pesetas en la ranura de la máquina tragaperras. «Información nacional». La bola sumó cien puntos en el cuartel. ¡Clic!

—¡Otro gol, Demetrio!

—Esos tipos me dan asco.

—Tengo veinticuatro años.

Una de las mujeres mostraba su carnet de identidad. El de la boina impulsó una nueva bola con el disparador. Uno de los policías miró el carnet y luego se lo devolvió a su propietaria. El otro, más alto, quedó a la espera en el callejón, acusando el uniforme gris los reflejos blancos del letrero luminoso. La otra mujer de la barra miraba de reojo. «En la Plaza de las Ventas, con buena entrada, se lidiaron seis toros de Guardiola Hermanos para El Viti, Paco Camino y El Cordobés...» La bola de acero salió de la aduana y quedó sujeta en el cuartel. El *flippers* la impulsó con fuerza hacia el *camping*.

—¡Dale, Demetrio, dale!

El presidente concedió la oreja ante las insistentes protestas del respetable. ¡Clic! Ese no viene. La bola encendió luz roja. Ya tengo quinientos puntos. El Cordobés fue la locura. Otro gol, Demetrio. Cuatro verdes, cuatro negros, flipper, clic, ese no viene, el tiempo probable, marejadilla, ta-tarí-ta-tarí, FUENTES, hormigas, el próximo diario hablado será a las, clic, otro gol, cuatro blancos, cuatro negros, por eso pido yo siempre una botella de *whisky* pa que no me den gato por liebre, clic, la bola en la cárcel, dale Demetrio, ese no viene, vámonos...

«ar Domingo merendero», ahora rojo.

ELFIDIO ALONSO